

LA ILUSTRACION POPULAR



DIRECTOR
Enrique Rodríguez-Solis.

Año 1.

Madrid, Abril de 1873

N.º 3.º

ADMINISTRACION
Calle de las Tabernillas, 8.

SUMARIO.

TEXT O.—*Revista general*, por E. Rodríguez-Solis.—*La gran ruina*, por Emilio Castelar.—*Villalar*, por Marcos Zapata.—*La Creacion*, por Julian Lopez Ocaña.—*Nicolás Estévez*, por Enrique Rodríguez-Solis.—*Cuentos populares*, *El propagandista*, por F. Flores y Garcia.—*Efemérides*.—*Manual del republicano*, escrito en francés, por Julio Barni, traducido al castellano, por E. R. S., I. L. y E. L.—*Geroglífico*.
GRABADOS.—Nicolás Estévez.—Tipos españoles, La Chesa.

que parezca, y téngase presente, que al hacerlo, creemos cumplir un sagrado deber, y cuando de cumplir un deber se trata, ningún republicano debe ceder ante los alhagos, ante la presión ni el temor.

La situación del país es extremadamente grave, como el gobierno acaba de declararlo en su notable manifiesto. ¿Podrá mejorar con las medidas hasta aquí dictadas por los hombres del poder? No y mil veces no; y la razón es por demás sencilla.

Nuestros gobernantes se empeñan en no creer que la situación porque España atraviesa, es eminentemente revolucionaria, y he aquí el grave error, la fuente y origen de todos nuestros males.

Al triunfar y proclamarse la República, el gobierno debió pensar que la nueva forma de gobierno iba á tener en su contra á todos los otros partidos, y que era imposible que descansara sobre una administración realista, un clero realista, una magistratura realista, y un estado mayor general, realista.

El gobierno debió pensar que estas gentes, fundidas en un solo pensamiento, nada harían por

sostener la República, antes al contrario, trabajarían con todas sus fuerzas para desacreditarla y destruirla.

¿Qué era preciso para librar á la República de tan grave

REVISTA GENERAL

Que los ministros de la República española no comprenden su verdadera situación y la del país, cosa es que nadie pone ya en duda; que sus vacilaciones y temores nos exponen á todos y ponen en grave peligro el triunfo y la consolidación de la República, cosa es también que por sabida hemos olvidado.

Nosotros, pues, á fuer de republicanos antiguos y leales, vamos á decir al gobierno de la República, en cumplimiento de la palabra que le hemos empeñado en nuestro anterior número, la verdad, toda la verdad, por más dura



NICOLÁS ESTÉVEZ.

Gobernador de Madrid.

mal? Vamos á decirlo con entera libertad y con noble franqueza.

* *

En primer lugar, haber destituido todos los ayuntamientos y diputaciones monárquicas, ya que ellos no presentaban como debían sus dimisiones; y no se nos diga que las cortes no lo habrían admitido, puesto que las cortes suspensas, demostraron en varias ocasiones, que eran valientes cuando el gobierno suplicaba, y débiles y cobardes, cuando el poder ordenaba.

En segundo lugar, era preciso destruir esa magistratura compuesta de moderados y unionistas, y el ministro ciudadano Salmeron que en varias ocasiones declaró en la prensa, la tribuna y la cátedra, y muy especialmente en la cátedra, *que la magistratura y la judicatura española, no respondía á los altos fines de su elevado ministerio, que no tenía nociones de derecho*, debió comprender que esa magistratura era un peligro terrible y permanente.

¿Qué hacer?—Un amigo nuestro, pobre alcalde de montaña, nos hablaba de este asunto y nos decía:—Yo en lugar del ministro, me hubiera dirigido al Comité republicano de Barcelona, por ejemplo, y le habría pedido que me señalara cinco abogados republicanos, que en un día se hicieran cargo de la Audiencia de aquel territorio, y lo mismo respecto á los juzgados de toda la provincia; de este modo, y en un solo día, la magistratura habría dejado de ser un peligro, una amenaza y un poder monárquico, para elevarse á la serena region de la imparcialidad, del desinterés, y de la justicia.

El ciudadano Salmeron, nos dirá que esta es una medida eminentemente revolucionaria.... Pues, este es el grave error, error que ha de perdernos, no creer que la situación por que atravesamos es una situación altamente revolucionaria.

* *

La cuestión del clero, la habríamos terminado de una vez y para siempre, decretando la *completa separación de la Iglesia y del Estado*.

En el asunto de la administración pública, y de los cargos políticos, habríamos seguido el criterio de no dar *ni un solo destino, ni conservar en él*, mas que buenos y probados republicanos; de tal suerte, que aquellos que no nos hubieran sido conocidos por ser de provincias, trajeran un certificado del comité de su localidad, revisado por el de la capital, como lo han hecho algunos.

Y sobre el ejército, no habríamos dado puesto ni mando á jefes que han fusilado á nuestros hermanos queridos; para esto, habríamos repasado las hojas de servicio, y no habríamos nombrado si no á aquellos que no se hubieran pronunciado nunca,—que algunos hay en el ejército,—y aunque pocos, serían buenos y leales.

* *

Pero nada de esto ha sucedido, y el ministro de la Gobernación no ha dudado, según de público se asegura, en emplear á polizontes que han perseguido y encarcelado á los republicanos; y las oficinas todas están llenas de realistas; y los pocos republicanos que en ellas se encuentran, parecen avergonzados y pesados.

¿Qué hace ese centro costosísimo que se llama el Almirantazgo? ¿Para qué sirve el consejo de Estado? ¿Porqué no arreglar las clases pasivas? ¿No hemos clamado siempre contra el despilfarro? pues cumplamos en el gobierno lo que predicábamos en la oposición.

* *

Una de dos, ó el gobierno tomando en cuenta la situación abre todas las fuentes del trabajo, y da colocación á los obreros que hoy se mueren de hambre; ó destruye toda esta armazón monárquica, sobre que se asienta la república; ó se muestra enérgico y decidido en las elecciones, respetando el derecho de todos, sí, pero no tolerando que los ayuntamientos y diputaciones realistas, sean una máquina de hacer diputados; ó combate fuerte y resueltamente la subleva-

ción carlista armando al pueblo, ó la República está perdida sin remedio. Basta por hoy, cumpla el gobierno su deber, y salve á la República, y con ella á España entera.

* *

Ayer se reunió el Jurado en Valencia por primera vez, si bien la naturaleza del delito no ha permitido que la vista sea pública.

* *

Parece que han sido embarcados en Barcelona algunos curas. Energía, Gobierno de la República, energía con estos bandidos de corona que roban, incendian y saquean, ó estamos perdidos.

* *

Se han dado las órdenes para adquirir 50.000 fusiles Remington, para los batallones francos, y en Badajoz y Jerez se organizan fuerzas. ¡Adelante republicanos federales y el triunfo es nuestro!

* *

Recomendamos efizcamente á nuestros amigos y al público la bellísima meditación para piano *A la luz de la Luna*, de nuestro estimado amigo Antonio Pasamar, (Almacén de música de Romero, Preciados, 1.) que ha obtenido el más lisonjero éxito.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS.

LA GRAN RUINA.

El pueblo que ha fabricado el Coliseo, acaba de ver el Oriente y sus monstruosos edificios, sobre los cuales ha querido tender los órdenes del arte griego como una guirnalda. La arquitectura romana ya no es aquella hermosa arquitectura de Atenas y de Corintio, que ha tomado por tipo el bellísimo organismo de la mujer griega, de esa diosa, de esa musa de todas las artes. Flota sobre los monumentos romanos algo ménos bello pero más grandioso, el Océano invisible de un espíritu universal, asimilador, que tiene de Grecia la armonía, de Asia la magnitud, rebosando realmente en la tierra y en la historia sin tocar á un ideal que irá más tarde á perderse entre los misterios y los arreboles del cielo, medio luz, medio sombra.

Luego los edificios romanos, informados en ese espíritu colosal, tenderán necesariamente á fines útiles, prácticos, inmediatos como toda su cultura. El dios Eros, el dios del amor griego, ha sido reemplazado en Roma con el dios Sterquilinius, con el dios del estiércol, de esa sustancia que abriga y fecunda los campos, como la metafísica helénica ha sido reemplazada con la moral y el derecho, con principios y ciencias que tocan más inmediatamente á la sociedad y á la vida.

El Coliseo tiene todos los caracteres de la arquitectura romana. Podeis aprenderla mejor en ese grande ejemplar perdonado milagrosamente por la inundación de los siglos que en las páginas de Vitrubio quizá rehechas é interpoladas por los eruditos del renacimiento. Mirad esa argamasa que parece forjada como la materia granítica en las incandescentes entrañas del planeta. Mirad las bóvedas desconocidas de los griegos y admirablemente edificadas en esta tierra del imperio y de la fuerza.

Mirad los arcos que el mundo helénico nunca construyó, y que parecen á mis ojos las puertas triunfales por donde penetra en la historia con un nuevo espíritu una nueva vida. Mirad cómo el romano ha puesto un plinto para que descansase la columna dórica que el griego arrancaba del seno mismo de la tierra como el tronco de un árbol. Mirad esos tres órdenes separados siempre en la arquitectura griega y reunidos aquí en escala ascendente, primero el más sencillo y más sóbrio, el dórico, en la base; después el más elegante y más lijero, el jónico, en el medio; y luego el más florido, el más ornado, el corintio, coronando la cima, como la diadema de

todo el monumento. El espíritu del pueblo constructor brilla por todas partes en esa fábrica. Ha reunido el romano los tres órdenes de arquitectura en sus edificios, como ha reunido los dioses griegos en el panteón. Su cultura es el gran epílogo de la cultura antigua. Roma tomó á Grecia su metafísica y su religion, á la Sabina sus mujeres, á España sus espadas, al Oriente sus bóvedas, y á Etruria sus arcos. Así puede decirse que Grecia es la flor y Roma el fruto de toda la antigua historia. Monumentos como el Coliseo no son más en el fondo que huesos milagrosamente conservados del inmenso organismo que componía la ciudad Eterna.

¡Y pensar que este edificio, capaz de vencer á veinte siglos con todas sus catástrofes, se fabricó en tres años escasos! Levántronlo como ya hemos dicho, aquellos emperadores de la familia flavia, bajo cuya dominacion pudo consagrarse Tácito á maldecir el despotismo y llorar la república. Tito, á quien la adulacion universal llamara delicia del género humano, incendió Jerusalem; sobre las piedras calcinadas inmoló millon y medio de judíos, destinando el resto á degollarse entre si como gladiadores en las ciudades de Siria; á ser trofeos de la entrada triunfal del vencedor por la Vía Sacra; y á levantar en las espaldas amoratadas, por el látigo, las moles de este Anfiteatro, para morir entre las quijadas y las garras de las fieras hambrientas.

Tito, despues de haber amado á Berenice como Antonio á Cleopatra; despues de haberse oído llamar Mesías por sus propias víctimas, y Dios por aquellos egipcios á quienes les nacian dioses en las huertas; despues de haber consagrado á la sombra de las pirámides nuevos bueyes al dios Apis; despues de haberse formado una corte de sátrapas de Oriente, y corrido un dia entero los molestos honores del triunfo bajo los arcos de la ciudad Eterna, demolió la áurea casa de Neron; trocó en estatua de Sol, la estatua del César adorado por la plebe; desecó el lago que se extendia entre el monte Celio y el monte Esquilino; arrancó los bosques y taló las praderas de las poéticas orillas, y en el fondo levantó el anfiteatro mayor que han visto los siglos, consagrando su inauguracion en cien dias de increíbles fiestas, en que hubo combates de gamos, de elefantes, de tigres, de leones, de hombres, combates gigantescos que salpicaron con sangre hirviendo el rostro del César y el rostro de su pueblo. Nueve mil alimañas murieron durante aquella orgía de sangre sobre la arena. La historia, que ha conservado el número de fieras muertas, no ha conservado el número de personas, sin duda porque á los Césares interesaban ménos los esclavos que las bestias.

Tito buscó en el trono algo con que apagar la sed insaciable de su ambicion, y no pudo encontrarlo. Ya no era dado desear más despues de tener bajo su mano el mundo, sobre sus espaldas el manto de los Césares, en torno de su autoridad, sumisas, como rebaños, las razas; silencioso y subyugado el planeta. Mas en el punto de llegar al logro de sus ambiciones, el corazon de Tito se quebró en pedazos, ó por no tener cosa alguna que desear, ó por deseos vagos, infinitos, que en nubes de ensueños fantásticos se disipaban, disipando en ellos toda su existencia. Lo cierto es que, al pisar el trono, una inmensa tristeza se apoderó de él; una especie de tisis interior le enflaqueció el ánimo; su aliento estaba cargado de suspiros, su corazon de dolores, sus ojos de lágrimas, su vida de ilusiones, su sueño de pesadillas, su pasado de remordimientos, su porvenir de miedos, hasta que un dia, errante por la campaña de Roma, en pos de un sitio donde adormecer su hastío, espiró, mirando el cielo con los ojos enardecidos por la fiebre de infinitos y no satisfechos deseos. Cuando yo recordaba la vida y la muerte de Tito, parecíame el Circo la aglomeracion de montañas sobrepuesta por las ambiciones desapoderadas de un César para poseer el cielo como poseía la tierra, sin lograr otra cosa que tener bajo sus plantas el hervidero de todos los crímenes, y sobre sus sienes las maldiciones de todos los hombres.

Embargado por estos recuerdos y estas ideas, habia yo recorrido todo el monumento. Lo registré, lo estudié como puede estudiar el naturalista una montaña; entré por todos los vomitorios, las puertas que abrian paso al pueblo con tal desahogo que, sin atropellarse, entraban y salian rápidamente cien mil espectadores. Subí á sus gradas más altas, desde

las cuales pude contemplar el campo romano, y á mi frente las lejanas lagunas; á mi derecha los arcos de Tito y Constantino, la pirámide de Sextio y la basílica de San Pablo; á mi izquierda las catacumbas de San Sebastian, la Vía Apia con sus dos hileras de sepulcros; á mi espalda el Palatino, el Foro, la Vía Sacra, el arco de Septimio Severo, el Capitolio; por doquier, los lugares en que circulan como rica savia las ideas, los lugares llenos de recuerdos, los lugares, verdadero ocazo del espíritu antiguo, verdadero oriente del espíritu moderno.

Estaba tan absorto, que la noche vino sobre mí como si hubiera venido de improviso. Las campanas de Roma tocaban á la oracion; los buhos y otras aves nocturnas ensayaban sus primeros gritos; oíase el agudo y monótono cántico del sapo y la rana, en las apartadas lagunas, al par que, el Miserere de una procesion al entrar en la próxima iglesia; mezcla de voces del espíritu con las voces de la naturaleza, que sumergian aun más mi conciencia en meditaciones más silenciosas y más vagas, como si el alma se escapara de mí ser para implantarse á la manera de las plantas parietarias, en el polvo de las inmortales ruinas.

La luna se levantó en el horizonte sereno, tranquilo, y vino á dar con su melancólica luz nuevos toques de poesía á los arcos, á las columnas, á las bóvedas, á las piedras esparcidas, á la desolacion de aquel lugar, á la cruz erigida en su centro como una eterna venganza que han tomado los gladiadores, obligando al pueblo romano á bendecir, á adorar lo más abyecto, el infame patíbulo de los esclavos, transformado en el lábaro de la civilizacion moderna.

EMILIO CASTELAR.

(Se continuará.)

VILLALAR. ⁽¹⁾

¡Oh Villalar!.. ¡Villalar!...
¡Campos de luto y horror!...
Aún me aturde el resonar
y el estrépito y clamor
del terrible batallar.
— ¡Día triste!... el suelo blando,
copiosa y tenaz la lluvia,
húmedo el aire silbando,
y las nubes eclipsando
del sol la madeja rubia!...
Firme y dispuesta la gente
llega al barranco fatal...
busca paso... y diligente
el ejército imperial
nos cierra barranco y puente.
Entonces embravecido
en ambas partes estalla
el rencor malcomprimido...
y entre el pavoroso ruido
da comienzo la batalla.
¡Quién puede el odio atajar
de aquellos pechos febriles
que llevaban al chocar
ese furor peculiar
de las discordias civiles?
¡Aquel feroz embestir,
aquel duro arremeter,
aquel tenaz resistir,
la manera de caer
y hasta el modo de morir!
No hay ejemplo, no hay trasunto,
de tanta furia y estrago
ni más horrible conjunto,
ni en la historia de Sagunto,
ni en los tiempos de Cartago.
Una infernal herrería
todo el campo semejava,
y al tronar la artillería

(1) No resistimos al deseo de dar á conocer á nuestros lectores la bellísima descripción que de la célebre batalla de Villalar ha escrito nuestro querido amigo y colaborador Marcos Zapata, en su magnífico drama *El Castillo de Simancas*.

la tierra se estremecía
y el espacio retemblaba;
y desde la puente al cerro,
provocada por el hierro
la sangre en su curso franco,
roto su caliente encierro
enrojecía el barranco.
—¡Arriba! clama potente
el animoso Padilla,
y arriba sube la gente
y á la traicion aportilla
y echa á la traicion del puente.
¡Más todo, todo se allana
de la fuerza á la presion!
Desde una altura cercana
iba mermando el cañon
la lealtad castellana:
Y ante la muerte y su imperio
quedó al fin tanto coraje
en fúnebre cautiverio
y aquel tético paraje
convertido en cementerio,
Padilla fué acerbillado,
Bravo en su mortal fatiga
como fiera acorralado,
y yo caí ensangrentado
entre la turba enemiga.
¡Más quede aquí la traicion!
¡La patria sin restaurar!
¡Castilla sin corazon!
¡Y en su fúnebre crespon
un cadalso en Villalar!

MARCOS ZAPATA.

LA CREACION.

Pretender aventurar un juicio acerca de la magnífica obra de la creacion, parece á primera vista un imposible para los humanos entendimientos. Nada, sin embargo, más sencillo en nuestro humildísimo criterio y contando con la indulgencia de nuestros lectores, vamos á demostrarlo con abundante copia de datos. ¿Cual fué el estado primitivo de la materia? ¿cómo se desarrollaron sucesiva aunque lentamente los infinitos seres que pueblan el mundo? El Génesis en uno de sus versículos nos suministra desde luego una idea clara, una idea evidente del período de fundacion, declarando que «en el principio creó Dios lo que fué los cielos y la tierra», pasaje interpretado escrupulosamente por comentaristas harto ortodoxos que no hallaron inconveniente en afirmar que la palabra *cielos* no solo se refiere al medio en que vivimos, si no tambien al espacio en que están diseminados los cuerpos celestes.

Carrieres, asegurando que en el principio estaba la tierra enteramente vacia, sin frutos y sin ornamentos; la ciencia cosmológica diciendo que el estado gaseoso fué indudablemente el primitivo de la materia, y la teología declarando que el mundo en su primera edad se hallaba en el estado de caos, concuerdan perfectamente respecto al punto que nos proponemos dilucidar, evidenciando al propio tiempo cuán disculpable es nuestra arrogancia al aventurar una opinion sobre asunto tan difícil é intrincado.

Ampliando las escrituras la idea contenida en el versículo que hemos apuntado, añaden que la luz no habia sido en el principio puesta en emision, que las tinieblas cubrian la superficie total del globo, de modo que aún prescindiendo por completo de lo que queda dicho acerca del estado caótico como primitivo del mundo, tendremos á favor nuestro la sinonimia establecida por los doctores de la iglesia en cuanto á las voces aire, nubes, humo y tinieblas, para convenir con los cosmólogos en que el estado gaseoso fué el primero que afectó la materia.

Pero oigamos á los doctores de la iglesia de que hemos hablado, diferir en cuestiones de tanta trascendencia como la de definir y señalar el número de cielos, y vigorizaremos nuestras ideas á la par que robustecemos los dogmas geológicos. Al paso que algunos admiten la unidad de cielos, otros son partidarios de la dualidad como San Crisóstomo y San Gregorio de Niza; y mientras que estos definen el cielo di-

ciendo que es una esfera inflamada, una zona de nubes ó una bóveda aérea, le juzga San Basilio una humareda (*formavit coelum sicut fumum*), y San Agustín como la region superior de las tempestades.

Concretando la cuestion, diremos que dada esta divergencia de opiniones en punto tan esencial, ha de comprenderse fácilmente por qué nosotros fieles á los principios de la escuela á que pertenecemos, al asentar que la materia ha existido siempre bajo uno ú otro estado, partimos de tan inconcusa verdad para comprender la formacion del mundo.

Persistimos, pues, en declarar que el mundo en su alba, en su aurora, era una masa informe de gases, cuyos elementos componentes ocupaban un espacio mucho más extenso que el que ocupaban en la actualidad estos mismos elementos transformados, y esto sentado, se comprende sin gran esfuerzo de imaginacion, que condensados aquellos por efecto de un fenómeno meteorológico cualquiera, tan comunes en la época presente, viniera el estado líquido de los cuerpos generadores á suplir al gaseoso del período primitivo, resultando de aquí el período secundario que dió margen á que los cuerpos menos densos formaran la atmósfera, en la cual se implantaron los astros, y los más pesados se mezclasen con las aguas merced á su solubilidad.

Esto se comprende fácilmente. Aparte de otros no menos importantes, la naturaleza contiene cuatro elementos esenciales, generadores: oxígeno, hidrógeno, nitrógeno y carbono.

Como que para nosotros no fué el mundo en su principio otra cosa que el estado de simplicidad de los elementos que le forman, razon por qué siendo gaseosos los ya citados convenimos con la geología y teología en cuanto á la época primera de la creacion, creemos que un cambio isomérico, un accidente cualquiera, unió volúmenes de oxígeno á volúmenes de hidrógeno constituyendo una cantidad de agua en relacion con el inmenso espacio que ocuparon los gases; el oxígeno al carbono para formar el ácido carbónico, de absoluta necesidad para las plantas, y estos tres cuerpos al nitrógeno, no solo para crear el aire respirable si que tambien la primera célula orgánica y por ende los seres todos que pueblan la costra de la tierra.

Separados del agua los astros ó cuerpos celestes, y formado como decimos el aire atmosférico, una erupcion volcánica, la misma luz producida por las moléculas de la materia volatilizó gran parte de las aguas, y solidificados los diversos cuerpos químicos que contuvieron en disolucion, y que existieron en la atmósfera al principio, apareció paulatinamente la tierra brotando de ella con suma lentitud los vegetales terrestres más sencillos que, como los acuáticos tenían igual composicion que el gas del estado primitivo y las aguas del período secundario.

Las observaciones geológicas prueban que debieron las aguas cubrir la mayor parte de la superficie de la tierra; que los continentes han ido tomando poco á poco su configuracion y extension actuales, y que estos se compusieron al principio de pequeñas islas como ahogadas en la inmensidad del Océano, hasta que á consecuencia de un aumento de temperatura ocasionado por el cráter de un volcan ó por la influencia del sol, que ya en esta época recibiría su atmósfera luminosa, los materiales de los continentes adquirieron solidez, cuyo principio está en armonia con la Escritura, donde hemos visto consignado que «Dios mandó reunir las aguas en un solo lugar, y que apareciese el elemento árido ó tierra, del cual sacó plantas y árboles.

Digimos antes, y esto es incuestionable, que cada molécula heterogénea de la materia posee cierta cantidad de luz calor y electricidad independiente de los rayos solares, añadiendo ahora que existiendo como ya existian estos fluidos, y por consecuencia condiciones abonadas para la vida vegetativa y animal, nada de extraño tiene que de menor á mayor en cuanta á complejidad de organismo, se desarrollase primero el vegetal, luego el insecto y otros animales, y mucho más tarde el hombre, límite de la obra grandiosa de la Creacion.

En apoyo de las aserciones anteriores, que serán sobrado heterodoxas para los supersticiosos, citaremos al sábio legislador del pueblo hebreo, á Moisés, que dice haber sido los vegetales los primeros en embellecer los terrenos puestos

al descubierto, recordando además el fenómeno común en nuestros días de levantarse sobre la superficie de los mares arrecifes ó islas que comienzan á revestirse de plantas pertenecientes al primer grado de organizacion, hasta que acumulándose porciones de tierra se desarrollan las más complicadas especies.

Y que en la edad primera era apta la atmósfera para alimentar los vegetales, lo dicen los restos encontrados en los terrenos de transicion, restos que prueban evidentemente que el exceso de ácido carbónico contenido en la atmósfera, vigorizó de un modo admirable los vegetales de las primeras edades del globo, así los de las aguas de los mares como los que vivieron en los continentes.

Los animales terrestres debieron aparecer en tiempo del período de transicion, y según queda dicho y confirma la geología, principiaron por los insectos que son los que menos aire atmosférico suelen consumir.

Las aves y los mamíferos solo han existido en gran número durante el período terciario, uno de los más recientes de los tiempos geológicos, y dicho está que es un absurdo suponer fueran creados en el mismo período que los vegetales, como por algunos se quiere hacer creer.

La tendencia marcada hacía una perfecta organizacion que manifiestan las antiguas generaciones en sus desarrollos sucesivos, demuestra claramente que el orden de menor á mayor ha presidido á la formación de los seres, así como explica también por qué se han ido perfeccionando las especies desapareciendo totalmente unas para dar lugar á otras más acabadas que no existieron en pasados tiempos.

Negamos también que el mundo fuera creado en una sola época, fundados en que los continentes no han surgido todos de las aguas en igual tiempo, pues es tan reciente la elevación del suelo de la América que parece haber sido contemporánea de la dispersion de los depósitos diluvianos.

Ansiosos de dar cima á nuestro trabajo no queremos adicionar nuevos datos á los ya dichos, seguros de que los lectores en su buen juicio participarán, pesando nuestros

argumentos en la balanza de su razon, de la humilde opinion que hemos emitido imperfectamente sobre la sublime cuanto magnífica obra de la Creacion.

Julian Lopez Ocaña.

NICOLÁS ESTÉVANEZ.

Este valeroso ciudadano nació en las Islas Canarias en el año de 1838.

Dedicado por su familia á la carrera militar, ingresó en el colegio de Infantería de Toledo; tomando luego una buena parte en la heroica campaña de Africa, y en la penosísima de Santo Domingo, demostrando en ambas su valor y sus condiciones militares.

Sus ideas republicanas, expuestas en poesías y artículos, le aconsejaron abandonar el servicio de las armas en 1868, pasando á Inglaterra á las órdenes del general Prim, hasta el día en que este dirigió al periódico francés *El Gaulois*, aquella famosa carta, declarándose monárquico.

De acuerdo con nuestros principales hombres, marchó á Béjar á secundar el alzamiento federal de 1869, en cuyo punto fué preso y conducido á las cárceles de Salamanca y Ciudad-Rodrigo, donde pasó tristísimos y largos meses.

Representante en la Asamblea federal por la provincia de Salamanca, formó parte del grupo intransigente con Salvochea, Benitas, Solís, Carrion



TIPOS ESPAÑOLES - La Chesa.

y otros amigos.

Colaborador de varios periódicos, merecen citarse sus artículos publicados en *El Rochefort*, de Salamanca, y los que honraron las columnas de nuestra *Ilustracion Republicana*, con los títulos de *Glorias cubanas*, *Una excursion al Teide* y otros.

Representante por Madrid en la última Asamblea federal, fué elevado á los escaños del Congreso por el republicano distrito de la Inclusa; y redactor de *El Combate*, en esta segunda época, fué elegido más tarde miembro del Directorio, negándose con noble entereza á firmar el pacífico manifiesto

de éste. En union de sus amigos se dispuso á combatir la injusta quinta de 1872, y al frente de un puñado de valientes, levantó en Despeñaperros la banderla federal, que mantuvo altiva y orgullosa durante muchos dias, á pesar de lo crudo del temporal y de la activa persecucion de las columnas, con las cuales libró algun combate, mostrando una vez más su serenidad y arrojo.

Llegado á Madrid, corriendo mil peligros, permaneció oculto para tomar parte en la nueva lucha, cuando triunfante la República fué encargado del gobierno civil de Madrid, en cuyo cargo ha presentado grandísimos servicios. No resistimos al deseo de transcribir la enérgica repuesta que dió al señor Martos, cuando este solicitaba que la guardia civil, sable en mano, despejara los alrededores del Congreso;

—Yo soy aquí el único responsable, y yo respondo del orden con mi vida.

Modesto en demasía, de esmerado trato y brillante educacion, afable y atento cual ninguno, valiente hasta la temeridad, verdadero republicano y dignísimo ciudadano, Estévez es uno de los hombres que más honran al partido federal español.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS.

CUENTOS POPULARES.

EL PROPAGANDISTA.

Mediaba el año de 1862.

Los últimos rayos del sol proyectaban su trémula lumbre en las cimas de las montañas y en las agujas de los campanarios.

La ciudad donde se desenvuelve la accion de nuestro cuento, se encontraba este dia animadísima. En muchas de sus principales calles se habian levantado arcos de triunfo, se anunciaban grades espectáculos, y todo parecia indicar que se preparaba un magnifico recibimiento á alguna *divinidad*, que honrar queria con su visita á los que sin duda *no merecian tanta honra*.

Y con efecto; la por entonces reina de España, doña Isabel de Borbon, en su viaje de recreo, tambien pensaba *recrearse* en aquella bellísima ciudad, cuyos habitantes se habian agolpado á uno de sus extremos, junto á la carretera, por donde habia de venir la *magnánima* señora.

Un gineté que llegó á escape, cubierto de polvo, anunció la *bienvenida*.

La fuerza pública despejó la via *idem*, y cinco minutos despues se divisaron los coches *régios*.

La reina fué saludada por la multitud, con un unánime y estentóreo viva.

La *regia* comitiva se detuvo unos momentos, durante los cuales no cesaron las aclamaciones del pueblo.

A espaldas de uno de los dos gruesos cordones que formaba el gentío, en una pintoresca plazuela esmaltada de frondosos árboles, de pié, inmóvil y examinando al parecer con tranquilidad aquel cuadro, habia un jóven, obrero á juzgar por su traje, que ni habia desplegado sus labios ni siquiera se habia descubierto en presencia de la soberbia *majestad*.

A cada viva que resonaba, una glacial sonrisa en la cual se adivinaba la ironía más profunda, rizaba los labios de nuestro personaje.

Esta actitud á todas luces facciosa en aquellos tiempos, llamó la atencion de un polizonte, que acercándosele colérico, le intimó á que se descubriera.

El interpelado dejó de reir por un momento, se puso livido y lanzó una mirada tan terrible sobre su interlocutor, que este bajó la cabeza, humillado, por un momento, durante el cual cuatro ó cinco hombres, obreros tambien, que habian acudido á las voces del *quindilla*, arrancaron de aquel lugar al temerario que con tanta altivez se atrevia á despreciar en público á la más *magnífica* de todas las reinas y señoras.

—Eres un imprudente.

—Es una temeridad hacer alarde en público de ciertas ideas.

—Podias haberte comprometido.

Estas y otras reconvencciones dirigieron sus amigos al jóven cuando ya se habian internado en la ciudad.

—Lo mismo en público que en secreto,—contestó resueltamente nuestro personaje,—el hombre debe siempre obrar con arreglo á su conciencia, sin que ni los mayores peligros logren nunca conducirle á dar una forma hipócrita á sus pensamientos. Ningun demócrata, que lo sea de corazon, puede sin hacer traicion á sus ideas, doblar la cerviz ante la persona que representa la odiosa institucion monárquica. Si no os hubieseis empeñado en que os acompañara, el compromiso estaba de antemano evitado.

—Tiene razon Adolfo, replicaron sus compañeros. Hemos hecho muy mal en saludar, á esa reina.

El propagandista político se habia revelado en el pobre trabajador.

El obrero de la inteligencia comenzaba á vivir en el obrero material.

Adolfo habia consagrado toda su atencion en los primeros años de su vida, al estudio de la profesion á que su familia le dedicara, siendo tanta su aplicacion, que á los diez y siete años de edad, era un oficial de primera nota.

Ganaba muy buen sueldo, relativamente á lo que en España ganan los trabajadores. Y como esta circunstancia le permitiera vivir con algun desahogo en compañía de su madre, y como por otra parte, poco ó nada le restaba que aprender en su oficio, Adolfo dada su actividad y su imaginacion, necesitaba enderezar sus pasos por nuevas sendas, esplayar su ánimo en otras esferas, dilatar su mirada en bellos y para él desconocidos horizontes.

Cuando Adolfo tuvo tiempo de pensar en sí mismo, y se reconoció, se avergonzó de su ignorancia, y esta fué, puede decirse, la primera manifestacion de su talento.

Habia olvidado casi por completo lo poco que aprendiera en la escuela, y esto le mortificaba grandemente.

Se reconvenia á sí propio, por lo que él llamaba abandono cuando su abandono habia sido hijo de la necesidad, disponiéndose con tenacidad increíble, á la reparacion de tan grande falta.

En ménos de cuatro meses, aprendió nuevamente á leer y escribir; pero esto no le satisfacía por completo; necesitaba *saber algo* más, y al efecto, dedicose á otros más serios estudios.

Así como la generalidad de sus compañeros empleaban una buena parte del sueldo en diversiones frívolas, cuando no perjudiciales, Adolfo, todo el dinero que podia ahorrar despues de cumplir decorosamente sus obligaciones, lo invertia en libros, los que estudiaba asiduamente en sus ratos de ocio, que en verdad eran pocos, y robando á su cuerpo con demasiada frecuencia, en las altas horas de la noche, el necesario descanso.

Con el conocimiento de la historia, adquirió Adolfo el conocimiento de la irritante desigualdad que contra la justicia y el derecho predomina en la tierra, y de aquí sus creencias políticas y sociales, en sentido democrático, con profunda conviccion sentidas, y con gran entusiasmo mantenidas y sustentadas.

Al llegar á los veinte años se adivinó poeta; estudió algo nuestra literatura, nutrió su inteligencia con la lectura de nuestros clásicos, y tres años despues veia su nombre por vez primera en letras de molde, en las columnas de un periódico y al pié de una composicion poética.

Esto dió á Adolfo cierta superioridad sobre sus compañeros de trabajo, de la que él supo aprovecharse, no en beneficio propio, sino en bien de las ideas que sustentaba, siendo un activo elemento de propaganda, tanto en el taller como en los círculos artísticos y literarios, que ya comenzaba á frecuentar y en los cuales era siempre bien recibido.

Más de una vez el *lápiz rojo* del fiscal de imprenta, mutiló los escritos de Adolfo, que sin ser notables entonces por la forma, tendian siempre á combatir las injusticias sociales, y á propagar los derechos del hombre, dentro de la más pura democracia.

Estas contrariedades que Adolfo hallaba en su camino, lejos de abatir su ánimo, fortalecian su fé excitándole á ma-

yores empresas, por cuya razon sufrió algunas veces persecuciones de la justicia, en los últimos memorables tiempos del moderantismo.

*
*
*

La revolucion de Setiembre de 1868, vino á marcar un nuevo rumbo por los mares de la política á nuestro personaje, siendo este uno de los primeros demócratas que se declararon republicanos federales, pronunciándose abiertamente contra la monarquía.

Adolfo ocupó en su partido el lugar que le pertenecía. Los republicanos de la ciudad de X, le eligieron para el desempeño de cargos importantes fuera y dentro del partido, señaladísima honra que él apreció en todo lo que valia, negándose resueltamente á desempeñar dichos cargos, por creerse con una modestia digna de todo elogio, incompetente para ellos.

Y continuó trabajando, ya en los círculos, ya en la prensa de su partido, por la república federal, siempre con decision y energía.

Por su iniciativa, actividad y buenos deseos se formaron con su cooperacion y consejo, algunas sociedades de trabajadores, de las cuales tampoco quiso aceptar cargo alguno, por más que algunas de estas quisieran honrarle con su direccion.

Algun tiempo despues de consumada (aunque aparentemente) la revolucion, Adolfo se vió precisado á abandonar el trabajo material, con el que tanto tiempo habia vivido, para dedicarse exclusivamente, como escritor público, á la propaganda de sus ideas.

Puede decirse con entera seguridad, que siempre en todas ocasiones, cumplió con su deber estando siempre á disposicion de su partido.

F. FLORES Y GARCIA.

EFEMERIDES.

Abril de 1873.

Dia 1.º—En 1405 muere el celebre Tamerlan, conquistador del Mogol. Los trofeos de sus victorias, dice un autor, eran monumentos fabricados con los cráneos de los vencidos. Este hombre, calificado de héroe, fué un verdadero monstruo de crueldad.

Dia 2.—A las ocho y media de este dia del año 1719, falleció el célebre tribuno francés Honorato Gabriel Riquetti, conde de Mirabeau. Contradicion viviente, Mirabeau fué el jefe de la revolucion y el caudillo de la corte. Los papeles guardados en el armario de hierro de palacio, descubrieron luego la secretas inteligencias entre la corte y el célebre tribuno.

Dia 3.—Muere el gran pintor Bartolomé Estéban Murillo á consecuencia de una caída al pintar su famoso cuadro los desposorios de Santa Catalina.

Dia 4.—La Asambleal naciona francesa (1794), decreta que la iglesia de Santa Genoveva, se destine á panteon de hombres ilustres, grabando en su frente: A los grandes hombres, la patria agradecida. Mirabeau fué enterrado en él apesar de la oposicion de Marat, y cuando más tarde se supo la traicion de Mirabeau, la Convencion mandó sacar su cadáver del panteon y colocarlo en su puesto el de Marat. (21 de Setiembre de 1794).

Dia 5.—Muerte en la guillotina de los célebres convencionales, Jorge Jacobo Danton, Camilo Desmoulins, Fabre de Englatine, Herault de Schelles, Juan Pedro de Sacroix, Chavot y otros diputados dantonistas.

Dia 6.—El general Pichegrú que debia á la revolucion cuanto fué, despues de jurar en el Club de los Jacobinos morir por la república y la Montaña, de acuerdo con los nobles refugiados en Inglaterra y Alemania, intenta la restauracion de los Borbones, la destruccion del consulado y la muerte de Napoleon: pero esto lo supo, y luego de encarcelado en el temple, le hizo ahogar por cuatro mameucos.

Dia 7.—En Lugo y otras ciudades estalla en 1848, un movimiento centralista al grito de viva Epartero, y la corte sacrifica al cruel ministro Narvaez, para encumbrarlo de nuevo al poder.

Dia 8.—En este dia (1848), muere en Bérgamo, su patria, el célebre maestro Cayetano Donizzetti. Nacido el 25 de Setiembre de 1798, escribió 64 óperas en 16 años, y varios cantos y piezas religiosas.

MÁRTIRES DE LA LIBERTAD.

Dia 1.º—José Bort, oficial; Salvador Alberto, oficial; Antonio Ibañez, Tomás Merenziana, Miguel Martínez, Eleuterio y Miguel Talayero, Vicente Go-

mez, José Tortajada, Mariano Grañanas, José Rociel, José Lluquer, Miguel Estors, Casimiro Montañés, Bonifacio Angustin, Pascual Llopis, Vicente Sabater, José Llabata, Mariano Aliaga, Salvador Gomez, Pedro Ibañez, José Rodilla, Faustino Lis, Pedro Gonzalbo y Joaquin Ligos, nacionales de Liria, fusilados en 1836 por el feroz Cabrera.

Dia 2.—Juan Canet, Domingo Quilez y compañeros, prisioneros en el Pla del Pou, fusilados por el infame Cabrera en Burjasot en 1837.

Dia 3.—Don Pedro Ric, presidente de la junta de defensa de Zaragoza y Regente de la audiencia, rechaza con noble entereza la capitulacion propuesta por el mariscal Lannes en 1809.

Dia 4.—Don Gabriel Ciscar, jefe de escuadra y tres veces rejente de España, heróico defensor de la Independencia, es condenado á reclusion por el tirano Fernando VII, en 1815 y condenado á muerte en la horca en 1823; sentencia que no se cumplió por no ser habido.

Dia 5.—Don Francisco Milans, defensor de la independencia y de la patria, proclama la constitucion en Cataluña con el malogrado Lacy. (1817).

Dia 6.—Cuarenta nacionales y franceses, son fusilados en Mora de Ebro en 1834, por el cabecilla Carnicer.

Dia 7.—Blas Martorell y Juan Bautista Melo, vecinos de Benicarló, son cruelmente asesinados en el término de Vallibona, en 1840, por el tigre del maestrazgo.

Dia 8.—Don Ramon Elcalde, juez de Hjar, muere al ser conducido con otros varios á Beceite (1837) cumpliendo la órden del cabecilla Pellicer, de aplastar con piedras la cabeza del que se rindiera al cansancio.

MANUAL DEL REPUBLICANO

ESCRITO EN FRANCES

POR JULIO BARNÍ.

traducido al castellano

POR E. R. S., I. S. Y E. L.

IV.

¿Qué es la Fraternidad?

Respetar en todo hombre y por consecuencia en todo ciudadano, la libertad que á él es inherente, no es más que una cosa justa. Obrar de otra manera, seria violar en él un derecho imprescriptible.

Todo privilegio, toda distincion de clases, es contraria al derecho humano, en el cual el derecho civil y el derecho político no deben hallar otra cosa que la consagracion y el desarrollo.

La libertad y la igualdad son pues de extricto derecho, y la Revolucion francesa inscribiéndolas en su divisa, no hizo más que ajustarse á la más recta justicia.

Pero el respeto del derecho extricto no basta para la sociedad. No basta respetar la libertad de los otros y no atacar la igualdad que se deriva del mismo principio de libertad; para que una sociedad de hombres sea verdaderamente humana, es necesario que sus individuos se consideren como formando parte, á título de hombres, de una sola y única familia, y que se estimen como hermanos.

Este nuevo elemento, que viene á ser para los hombres un lazo, no solamente de respeto, sino que de afeccion reciproca, es lo que se llama la fraternidad.

Este principio es el que desarrolló un poeta de la antigüedad, diciendo en medio de los aplausos del pueblo romano: «Soy hombre, y nada que sea humano, es para mí extranjero»; el que ya la filosofia estoica habia opuesto á el raquitico espíritu de la ciudad antigua; el que el Evangelio llamó Caridad universal, formulándolo en esta sencilla máxima: «Ama á tu prójimo, como á tí mismo»; y en fin, el que todos los grandes escritores del siglo XVIII han convertido en luz, desenvolviendo esta magnífica idea: la humanidad.

La Revolucion francesa pensó, y con justicia, que su divisa quedaria incompleta si no le añadia este tercer término.

La fraternidad, que no es cosa de derecho extricto, pero sí de amor y de entusiasmo, depende, sin duda, más de las costumbres que de la legislacion: no se decreta como la libertad ó la igualdad; pero las leyes pueden, al ménos por la

pública instruccion, contribuir á desenvolver el sentimiento en las almas, y siempre será laudable que la fraternidad penetre en ellas como perfume saludable. Cualquiera que sea, por otra parte, la accion de la ley en este asunto, la fraternidad tiene una gran mision que llenar en la sociedad, razon bastante para que no deje de inspirar, tanto en la vida privada como en la vida pública, á toda alma verdaderamente republicana.

Por ella se hacen más manejables los resortes, los obstáculos desaparecen, los problemas sociales, que sin su intervencion no serian jamás resueltos, se presentan más fáciles ó más simplificados. Por perfecta que pueda ser la Constitucion de un Estado, nunca será otra cosa que un complemento indispensable.

Añadamos inmediatamente que, extendiéndose la fraternidad á todos los hombres, cualquiera que sea la raza, nacion ó clima á que pertenezcan, debe concurrir á borrar los odios salvajes que existen de pueblo á pueblo, haciendo desaparecer, por la union de las distintas ramas de la familia humana, esa atroz barbarie que se llama la guerra.

V.

La virtud en la República.

Montesquieu ha dicho, que la virtud es el fundamento de todo gobierno republicano, así como el miedo es el de todo gobierno despótico.

La verdad de este pensamiento se deduce claramente de lo que dejamos expuesto hasta aquí.

El gobierno republicano es, segun hemos dicho, el de la cosa pública, administrada por todos en interés de todos.

Exige por consecuencia, que los ciudadanos de que se componga, consulten en la parte que les pertenezca, no este ó el otro interés particular, sino únicamente el interés general, sabiendo sacrificar á la necesidad sus intereses personales. Sin este desinterés y este patriotismo, es decir, en una palabra, sin la virtud cívica, no es posible la república. Cesaría de ser la cosa de todos para convertirse en el objeto predilecto de los intrigantes y los ambiciosos, que explotarian en provecho de su apetito, la porcion de poder de que se hubiesen apoderado. En este caso, estaria irremisiblemente perdida, y su nombre no tardaria en desaparecer. El despotismo vive del egoismo y de la corrupcion, pero con ellos las repúblicas mueren.

Precisemos el papel que dentro de la república juega la virtud, considerándola en particular en relacion á cada uno de los principios que constituyen la divisa republicana.

La república deja á cada ciudadano toda su libertad de accion; pero para que esta entera libertad no degenera en licencia, es necesario que los que de ella gocen, sepan gobernarse á sí mismos, respetando los derechos de los otros. Ahora bien, este respeto de sí mismo y de los otros, que tiene su fundamento en la dignidad humana, forma precisamente parte de lo que se llama la virtud. Hay sin duda, leyes para reprimir la licencia, que es la negacion de la libertad; pero la sabiduría de los antiguos lo ha dicho: «¿Qué son las leyes sin las costumbres?» Sin las costumbres de la libertad, las leyes son impotentes á preservarla de los excesos que la arruinan abriendo la puerta al despotismo. Ciudadanos ¿queréis vivir libres en el seno de la república? pues acostumbraros á respetar en vuestra persona y las de los demás, la dignidad humana.

Este respeto á la dignidad humana, es igualmente la mejor garantía que la república puede establecer entre los ciudadanos. Cualquiera que respete sinceramente la dignidad humana, no aspirará á levantarse por encima de sus conciudadanos, como si fuera de distinta naturaleza, rechazando á la par toda distincion humillante, y no pretendiendo pasar como superior, no permitirá ser tratado como inferior. Así se hace tangible la igualdad republicana, que rechaza á la vez el espíritu de dominacion y el de servilismo. Así se suprimen al mismo tiempo estos dos vicios: la vanidad con sus insolentes pretensiones, y la envidia con sus rastreras aspiraciones.

La fraternidad, en fin, despues de lo que dejamos dicho, nace más de las costumbres, que de la legislación. La fraternidad es la virtud por excelencia, y esta virtud, ya lo hemos asentado, es el indispensable auxiliar de toda constitucion republicana.

Veán, pues, con cuanta razon debemos repetir con Montesquieu, que *la virtud es el principio sobre que se asienta todo gobierno republicano*. Ella es á la república, lo que el vicio es al despotismo.

SEGUNDA PARTE.

LAS INSTITUCIONES REPUBLICANAS.

I.

El sufragio universal.

Definidos los principios del gobierno republicano, veamos lo que deben ser en consecuencia las instituciones republicanas.

La república, es el pueblo gobernándose á sí propio, en lugar de dejarse gobernar por un amo, como pasa en las monarquías absolutas, ó por una familia que goza exclusivamente de esta prerogativa, como sucede en los gobiernos aristocráticos. De aquí, se sigue, que todos los ciudadanos de que se compone, deben tener voto en la gestion y arreglo de la cosa pública. Si este derecho de sufragio no perteneciese á todos, y sí solo á cierta clase de ciudadanos, por grande que fuese su número, no existiría el *gobierno del pueblo por sí mismo*, sino el gobierno de una fraccion del pueblo por otra fraccion. El sufragio universal, es pues, la condicion fundamental de toda república digna de este nombre. Es la voz de la nacion espresando en absoluto su voluntad sobre las cosas que en absoluto le interesan.

(Se continuará.)

GEROGLÍFICO.

